

AMIRA

LA ÚLTIMA FLOR DE AL-ÁNDALUS

JUST I. SELLÉS

PREÁMBULO

LA LEYENDA QUE PERDURA

Castillo de al-Qal'â, valle de Gallinera.

23 de junio de 1758

Ismael se encaramó a los peñascos y, entusiasmado, se asomó al precipicio. A sus pies, las ruinas del castillo de *al-Qal'à* emergían de entre los escarpes: poderosas, imposibles. Quedó al borde del abismo, firmemente apuntalado en su vara de algarrobo, paseando su mirada sobre el sereno paisaje de Gallinera, y al tiempo que se admiraba de todo cuanto sus ojos le traían, echó la cuenta de los consejos que su abuelo le había ofrecido antes de abandonar el valle de Ebo en su primera trashumancia en solitario.

—¿Qué te parece la vista, Sultana? Es bonita, ¿verdad?

La perrilla agitó el rabo al escuchar su nombre.

Y al rato, sin apartar su mirada del paisaje:

—Sí, amiga, el viejo siempre tiene razón: mejor habría sido traer las ovejas por los fondos que no por estos derrumbaderos, que en apenas dos jornadas habríamos llegado hasta la fértil vega del río de Alcoi. Pero el rebaño quiso tirar por aquí y nosotros se lo consentimos, pues mil veces preferimos las sendas que discurren al borde del precipicio que las aburridas cañadas que transitan los valles.

La perra se sentó sobre sus cuartos traseros, le clavó los ojos y sacudió el rabo contra el suelo, insistentemente.

Y el otro, revolviendo el bolsillo lateral del zurrón:

—Venga, corre, regresa con las borregas y vigílamelas —le ofreció la pata seca de una gallina—. Y vigíleme también las primas, no vayan a perderse.

Cuando el animal se marchó, el joven sacó del zurrón media hogaza de pan moreno, una porción de queso, un par de brevas y un puñado de cerezas tardías, y lo dispuso todo sobre una peña. Comió de pie, con un ojo atento al valle de la Jovada donde pastaba el rebaño y el otro reposado sobre los vestigios de la fortaleza de *al-Qal'à*, en el profundo y abrupto valle de Gallinera. Las nubes pasaban rápidas en el cielo azulado. Sus sombras deslizaban sobre el paisaje, y cuando la prominente figura de Benicadell emergió de entre las sombras, cerró los ojos, abrió los brazos al viento e imaginó que era un halcón que surcaba el cielo de La Montaña, que sobrevolaba sus afiladas crestas de roca.

El sol caldeaba las peñas. Hacía calor, y algunas ovejas amagaban con amorrarse. Silbó largo, dos veces. Al punto, la perra agrupó el rebaño y se encaminaron juntos ladera abajo, entre valerianas, jaras y romeros, al paso parsimonioso del carnero. Las lluvias primaverales habían sido generosas y a las puertas del verano una sinfonía de olores emergía de la tierra al caminarla: aromas de tomillo, de rabogato, de santolina, de hinojo. La fuente de *al-Qal'à* manaba cantarina y la alberca rebosaba sus aguas en el abrevadero donde los animales aliviaron su sed desordenadamente; después, la perra condujo el rebaño hasta el portal del castillo y el pastor lo recogió intramuros.

Se recostó contra el tronco del espino que crecía junto a la fuente y se abandonó al murmullo del agua. Las golondrinas planeaban entre las ruinas de *al-Qal'à*, la fortaleza que quinientos años atrás habitara el visir al-Azraq en su resistencia contra las huestes del rey Jaime I. El castillo semejaba un nido de águilas colgado de los escarpes.

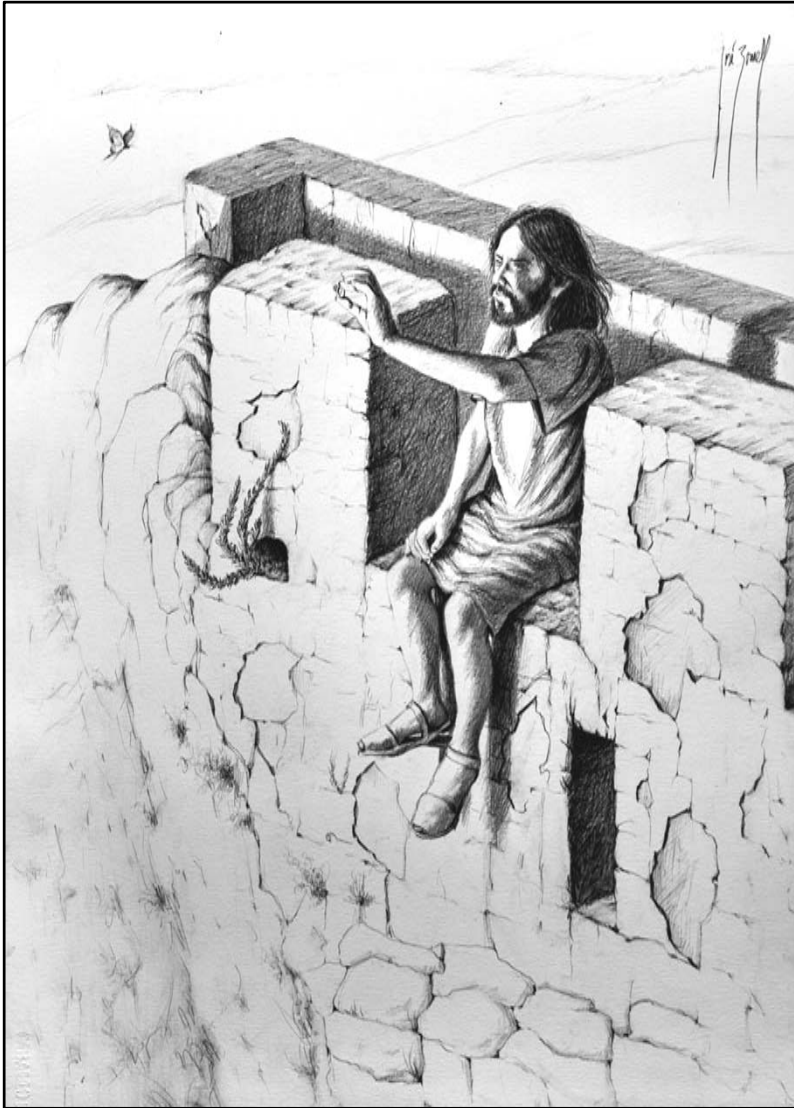
Sus torres desafiaban las alturas, que tan temerarias se asomaban al abismo y tan fabulosas vistas ofrecían a quien a ellas se encaramaba que no costaba entender que el visir escogiese vivir en un sitio tan abrupto y apartado. Y al constatar la decadencia del lugar le invadió la tristeza, que las almenas se exhibían desdentadas, y los muros resquebrajados, y las torres desmochadas, y las construcciones desprovistas de sus tejados, y aún así, cómo intimidaban, que la memoria del tiempo resonaba en el profundo silencio del paraje. Entornó los ojos e imaginó una pareja de palomas zureando sobre las almenas, y presintió los azules estandartes de al-Azraq ondeando en sus mástiles y a los esforzados mahometanos trajinando sus acémilas por los caminos, y hasta vislumbró al mismísimo visir asomado a la torre más alta, abocado sobre el agreste paisaje del valle, y se sonrió al imaginarlo. Se tumbó boca arriba sobre la hierba, cubrió su cara con un pañuelo y cerró los ojos. La fuente murmuraba sus aguas al verterlas sobre el pilón, y al derramarlas en la balsa, y al musitarlas en el abrevadero, que aquella sinfonía semejaba digna del sultán más distinguido y afortunado. Y consideró todas las veces que el visir al-Azraq se habría tumbado en aquel mismo lugar donde él se había tumbado, por escuchar el mismo murmullo de la misma fuente; y al punto de ladear la cabeza, se abandonó al sueño.

Despertó confuso, con la extraña sensación de sentirse observado. El sol estaba bajo, pero todavía hacía calor. Se amorró al caño y bebió un trago largo; luego, metió la cabeza en el interior de la alberca y aguantó la respiración debajo del agua. El chapoteo de la fuente en el pilón se escuchaba más intenso allí adentro, como si

este se produjese en las entrañas de los oídos, y al persistir en su zambullida sintió correr el agua entre los pelos de las sienes y en los poros erizados de su nuca. Abrió los ojos debajo del agua y advirtió que la fuente había dejado de murmurar, que le hablaba en un idioma diferente, y de entre los diversos matices de su voz reconoció el melancólico canto de una náyade. Y la quiso ver, y se sobresaltó al descubrirla escondida en el verdoso resplandor de las algas, su mirada entrañada en la suya, tan próxima. Sacó la cabeza del interior de la alberca y quedó con la cara a ras de agua, jadeando, desconcertado, mas en ningún momento menguó la sonrisa en su boca al recordar el dulzor de aquellos ojos entrañados en los suyos.

Regresó donde las ovejas. Se encaramó sobre la muralla, asomó su cabeza entre las almenas y comprobó que el rebaño pacía tranquilo intramuros y que la perrilla dormitaba junto al aljibe, debajo de un algarrobo. Subió a lo alto de la torre por contemplar el atardecer tras la fabulosa cresta de Benicadell y tomó asiento al borde del despeñadero, en el punto más elevado del castillo. Las nubes avanzaban dispersas hacia poniente, y desde levante, una bandada de patos remontaba el valle. Los vio venir, pasar graznando sobre su cabeza, alejarse con aquel aleteo sincronizado, frenético, perfectamente alineados, y al desfilar junto al sol, la náyade de la fuente regresó a sus pensamientos y se adueñó de ellos, que no conseguía recordar dónde había visto aquellos ojos almendrados que miraban con el dulzor del membrillo. El errático deambular de una mariposa lo devolvió a la realidad. Revoloteaba a su alrededor, con tanta delicadeza que lo tuvo por buen augurio. Se posó sobre la ramita del romero que medraba junto a él, y quedó allí, inmóvil, palpitando su abdomen. El último sol de la tarde traslucía la palidez de sus alas, y al rastrear su sombra sobre la muralla la descubrió en

el interior del mechinal abierto en el tapial, justo debajo de una almena. El cuco reclamaba en su paradero, las golondrinas alborotaban en el cielo, pero nada lo distrajo del grácil aletear de la mariposa proyectado en aquel agujero encendido con los colores del crepúsculo. Y al atenderlo, advirtió que un diminuto objeto relucía en su interior. Metió la mano y lo removió con el dedo. Se trataba de una piedra, una piedra azul y ovalada que asomaba junto al tallo del romero, oculta entre la broza. Al sacarla, descubrió que la piedra venía engastada en un pequeño anillo de oro y que estaba bien trabajada. El corazón galopó alborozado en su pecho. Los postreros rayos del sol enardecían las peñas de *al-Qal'à* y las ovejas balaban en el redil. Rodó el anillo entre sus dedos, lo llevó al frente y miró a través de él, encerrando en su interior el último sol vespertino; y al hacerlo, el sol quedó entrañado en sus ojos y, en adelante, el rostro de la náyade se le apareció desnuda en cada parpadeo. Las nubes deslizaban sobre el fuego y Benicadell ardía en el ocaso, tan sanguíneo que Ismael no recordaba haber visto nunca nada parecido. Y al considerarlo, la duda se instaló en su memoria, que aquel cielo ardiente sobre Benicadell, y aquella cálida brisa sobre el rostro, y aquel anillo, y aquellos ojos acanelados los sentía tan cercanos que los tuvo por un episodio ya vivido, mas no supo recordar cuándo. Y al tiempo que repasaba los más ardientes atardeceres de su vida, rodó el anillo en el dedo meñique de la mano izquierda, con tanta insistencia que terminó por alojarlo en él; y al insertarlo, la luz que cegaba su vista se desvaneció, y pudo ver. Y sintió que sus ojos escapaban de su cuerpo, que miraban a tres varas por encima de su cabeza, y se vio a los pies de la torre, amortajado en el interior de una caja de madera, y la acuática voz de la náyade susurró en su oído por colmarlo de poesía.



Rodó el anillo entre sus dedos, lo llevó al frente y miró a través de él, encerrando en su interior el último sol vespertino; y al hacerlo, el sol quedó entrañado en sus ojos y, en adelante, el rostro de la náyade se le apareció desnuda en cada parpadeo.

LIBRO PRIMERO

VALÈNCIA, EL EDÉN PERDIDO

Sellent, febrero de 1244

Asedio de Xàtiva

El campamento² parecía un hormiguero al que la tormenta hubiera sorprendido. Escuderos, almogávares y peones corrían de acá para allá entre los charcos, atareados con las armaduras y las caballerías de sus señores; los caballeros y los nobles, sin embargo, deambulaban ociosos por doquier: en las caballerizas, en las letrinas, donde la cantina, en el prostíbulo, entre las paradas del mercado. La compañía de don Nuno llegó al trote, gritando sus consignas. Al verla venir, Amira se arremangó la falda y se apartó detrás de un árbol por protegerse de las salpicaduras. El viejo don Nuno levantó su lanza al pasar junto a la joven y, ante las risas de sus hombres, le aireó un beso. La otra se sonrió, pero su sonrisa palideció cuando regresó al camino: frente al patíbulo, un grupo de almogávares aguardaba la ejecución. La soga pendía ya de la recia rama del algarrobo que presidía el pabellón del rey, y al avistar la lazada en la distancia le sobrevino un escalofrío. Según doña Violante le había informado, a la hora nona, un caballero castellano de la hueste aragonesa, pariente del obispo de Cuenca, sería ajusticiado. Había sido interrogado y acusado de alta traición, de negociar en secreto la entrega de Xàtiva en favor del infante de Castilla, y don Jaime estaba furioso, que no en vano sus huestes llevaban meses hostigando la huerta y la medina porque la conquis-

² Durante el asedio de Xàtiva, las huestes de Jaime I establecieron su campamento en las inmediaciones de la alquería de Sellent, lugar próximo a la medina setabense.

ta de Xàtiva pertenecía a Aragón en virtud de los acuerdos que prevalecían entre ambos reinos.

Amira se dirigió a los porteros reales y les preguntó por Rodrigo, pero nadie supo darle razón del mensajero. Lo buscó en el río, en el asador y en la taberna, y ya de regreso a la tienda de la reina lo vio de lejos, junto a la capilla, hablando con el Canciller Mayor del Reino.

Se acercó hasta ellos con paso decidido, y el correo, al intuir que venía en su busca, se despidió del otro y salió al encuentro de la doncella.

—Acompáñame, por favor —se apresuró a decirle—, doña Violante tiene un encargo urgente para ti.

El mensajero la acompañó sin mediar palabra, ligero, abriéndole el paso entre el gentío. Unos venían de talar la huerta; otros, de cabalgar una alquería o de competir en noble torneo con los sarracenos de Xàtiva, y próxima ya la hora de la ejecución, el verdugo inspeccionaba el dogal y la banqueta, y el público se arremolinaba junto al patíbulo para contemplar el espectáculo.

El portero retiró su lanza y Amira accedió a la tienda sin anunciarse. La reina leía en su rincón, sentada frente al escritorio. Su doncella quedó de pie junto a la puerta, a cinco pasos de ella, esperando que doña Violante acabase de repasar la carta que había escrito y le atendiese.

Y cuando la otra levantó la vista del pergamino:

—Majestad, el correo aguarda afuera —informó.

La reina le pidió que se acercara.

—¿Has visto si llegó el verdugo? —le preguntó en voz baja.

—Sí —contestó Amira—. La gente espera junto al tablado.

La reina calentó el lacre en la llama del cirio.

—Por favor, dile a Rodrigo que pase.

El mensajero se descubrió al entrar y a indicación de la reina se acercó hasta su escritorio.

—Lleva esto a Villena de mi parte y entrégalo en mano al infante de Castilla —ordenó al tiempo que le confiaba el pergamino lacrado—. Don Alfonso te dará respuesta por escrito: no regreses sin ella.

—Así lo haré, Majestad.

El correo esbozó una reverencia y marchó de inmediato.

Y la reina, cuando el correo abandonó la tienda:

—¿Qué vestido me pongo para el ahorcamiento?

—Uno austero, Majestad —le dijo—, que no es grato el asunto.

—¿Qué te parece el negro?

—Quizá no sea el color más adecuado, Señora, que nada importa la vida de un traidor ni merece que la reina le guarde luto.

Amira abrió el arcón, buscó el vestido marrón y lo extendió sobre la cama. Regresó al arcón, buscó la estola de nutria, la cinta de Aragón y un tocado pajizo de lana, y conjuntándolo con el traje, buscó la aprobación de la otra y colgó todo en el perchero de pie que había dispuesto junto al palanganero.

—¿Gustará la reina ajustar su cinta con un broche o prefiere utilizar una aguja más discreta?

—Mejor la aguja de argento.

Amira alcanzó el joyero, tomó la aguja de su interior y la insertó en la banda para que la otra viera el efecto.

Y la reina, acariciándole la mejilla:

—Eres discreta y servicial como pocas, Amira, la más bella y refinada de mis doncellas —le dijo—. Intercederé con don Jaime para que tengas el casamiento que mereces.

Amira se sonrojó y agachó la cabeza.

—No se preocupe por eso, Majestad.

Y la otra, tomándole las manos:

—Sé que has tenido problemas con mi prima Beatriz a causa de las preferencias que por ti demuestro —le confesó en voz baja—. Beatriz es de naturaleza envidiosa, ya lo sabes, y nunca alcanzará a comprender que la reina prefiera tomar el consejo de una doncella al de su dama primera. Que no te preocupe más su soberbia ni su envidia, pues el rey de Hungría la ha reclamado a su lado y en unos días partirá hacia su corte.

Amira guardó silencio, pero sus ojos delataron la sonrisa agraciada que esbozaba su boca. Luego, se acercó hasta la entrada de la tienda, cruzó los paños de tela con una lazada para que nadie accediera y regresó junto a su señora.

La reina la esperaba de espaldas, pensativa, enroscando los rubios tirabuzones de su melena con sus dedos.

—Por favor, ayúdame a vestirme —le pidió.

Amira aflojó el lazo que ceñía su vestido y desnudó su torso.

—¿Qué te parece Jimeno, el sobrino del almirante Carroz? —preguntó divertida la otra regresando al asunto del casamiento—. Es bisnieto del Emperador Felipe de Alemania, y su tío, hombre de la entera confianza del rey.

Y Amira, mientras le ajustaba el ceñidor alrededor de la cintura:

—El rey Zayyán me prometió en matrimonio con otro hombre. Nunca supe nada de él, ni tan siquiera su nombre, solo que era veinte años mayor que yo —confesó con tristeza—. Debo respetar la voluntad de mi padre, preservar del olvido su palabra.

La reina se volvió hacia su doncella y le habló dulcemente:

—Tu bautismo en la fe de Cristo invalida cualquier compromiso anterior sobre tu persona —resolvió—. Te recuerdo que fue el rey Zayyán, tu propio padre, quien te entregó al rey don Jaime y puso

en su mano tu destino. Tu vida ya no se rige por los designios del Islam sino por los de Nuestro Señor Jesucristo, pues no en vano el escapulario de Nuestra Señora de Pócs que me acompañó desde Hungría cuelga ahora de tu cuello.

Amira compuso el vendaje que realizaba el pecho de su señora y le recogió el pelo sobre el hombro izquierdo. Después, tomó el vestido del perchero, lo estiró y lo arregló sobre su cuerpo para que la otra viese cómo le quedaba.

—Majestad, pídale a su sastre que le entalle la ropa —dijo mientras encajaba la cinta en su busto—: un talle tan holgado no le favorece.

—Mejor holgada que apretada, pues la ropa resulta más cómoda de llevar y tiene un mayor provecho.

—Un vestido bien entallado realzaría su figura...

Y la otra, girando sobre sí misma para mostrarle su cuerpo:

—Mírame, mis hijos se han llevado mi cintura y mis piernas, pues tan sucesivos embarazos han ensanchado mis caderas y me han descolgado los pechos.

Y ya en voz baja, como un lamento:

—No culpo al rey por poner sus ojos en más tiernas carnes, pues las mías ya no alimentan sus ansias...

—No diga eso, Señora —la reprendió—, que es usted una mujer joven y atractiva.

El silencio se hizo eterno, y la reina, tomando de nuevo la palabra:

—Ya marchitó la flor de nuestro amor primero, que son cuatro hijos y ocho años de matrimonio. Mas no me preocupa la deslealtad del rey para conmigo, sino la que pueda ejercer en el futuro con nuestros hijos.

Llegados a este punto, doña Violante le confió las desavenencias habidas con su marido a cuenta de la postrera redacción de su testamento y de las delicadísimas tensiones que, por razón de los ajustes fronterizos introducidos, habían surgido con el infante Alfonso de Aragón, el hijo primogénito del rey y de la infanta doña Leonor de Castilla, su primera esposa.³

—Es obligación de una madre velar por los intereses de sus hijos —se justificó—. ¿Acaso vine desde tan lejanas tierras húngaras para engendrar infantes desheredados?

Amira suspiró en señal de aprobación y continuó peinandola en silencio.

La reina, por terminar de referir aquello que había iniciado, le confesó las consecuencias que tan agrio enfrentamiento entre padre e hijo podría depararles en el futuro.⁴

—Y puede que no le falte razón al rey —concluyó—, que las negociaciones que Castilla ha mantenido a espaldas de Aragón para la rendición de Xàtiva invitan a sospechar que los Alfonsos⁵ se han confabulado contra don Jaime, pues no en vano tienen intereses comunes y son primos hermanos.

»Quiera Dios que estemos todos equivocados —continuó—, que bien conozco los arrebatos de mi esposo y tengo por seguro que no

³ Muchos historiadores opinan que estos ajustes fronterizos entre Aragón y algunos condados catalanes, iniciados apenas unos meses después de la redacción del testamento —que arreglo a la costumbre de Aragón favorecía al primogénito y heredero—, respondieron al empeño de la reina Violante por ayudar a sus hijos a alcanzar la dignidad real por la vía hereditaria.

⁴ Las repercusiones hereditarias emanadas de los ajustes fronterizos llegaron a provocar enfrentamientos civiles entre don Jaime y su primogénito, cuyos apoyos, según Zurita, eran sólidos en Aragón, València y Castilla.

⁵ Se refiere al infante don Alfonso de Castilla (con los años Alfonso X el Sabio) y al infante don Alfonso de Aragón.

le temblaría el pulso si este extremo se confirmase, pues sería una deslealtad que Castilla ansiase aquello que a Aragón pertenece, un gesto indigno de quien está prometido en matrimonio con nuestra hija Violante.⁶

Y Amira, apurada ante las delicadas noticias que la reina le confiaba:

—Majestad, deseo de corazón que este desaguizado encuentre pronto arreglo –dijo mientras la peinaba–, que en esto de la guerra siento no poderle ofrecer mejor consejo.

Y ya cuando terminó de peinarla, le perfumó el pelo con esencia de algalia, le ajustó el tocado de lana sobre la cabeza y le ahuecó los rizos que caían sobre sus hombros.

—No encontrará don Jaime mujer como Su Majestad, ni aun que viviese tres vidas y removiese medio mundo, que es reina que acompaña, y esposa fecunda, y serena consejera –dijo por tratar de levantarle el ánimo–. Y que bien poco debería importar al rey la apretura de sus carnes, que esta se perdió por mor de sus hijos.

Y la reina:

—Razón no te falta, hija; mas ni madre, ni esposa, ni consejera prefiere el león en su solaz, pues no es animal que guste copular con una sola hembra –suspiró–. Ya todos saben lo mujeriego que es don Jaime, que bien se jacte él de serlo.

»Y ahora vayamos en su busca –concluyó–, no vaya a impacientarse.

—Señora, se lo ruego –le suplicó antes de salir–, dispéñeme de acompañarla al ahorcamiento, que no es plato de mi gusto.

⁶ La unión de las casas de Aragón y Castilla mediante el casamiento de la infanta Violante y el infante Alfonso fue acordada en 1240, cuando ella tenía cuatro años.

El verdugo aguardaba la llegada del reo sobre el patíbulo, a la sombra del algarrobo. A su derecha, el heraldo sostenía firme el añafil y el alguacil rodaba el pergamino con la sentencia entre sus manos. Junto al estrado, de pie sobre una tribuna, el rey conversaba con su confesor y con algunos de sus más principales caballeros.

El escolta abrió paso a la reina y a su doncella entre la muchedumbre y las acompañó hasta la tribuna. Al verlas llegar, el rey compuso su capa sobre los hombros y las invitó a tomar asiento. El heraldo sonó el añafil y en el silencio que siguió se escuchó el caballo que venía y el sollozo del reo sobre el carro. El castellano traía los ojos vendados y las manos atadas a la espalda. Hacía frío. El verdugo lo bajó del carro y lo llevó hasta el cadalso entre los insultos de la gente. La soga pendía de la rama de algarrobo, agitada por el viento. Antes de proceder, le ajustó el dogal al cuello y le retiró la venda de los ojos. El reo rompió a llorar, y al hacerlo, un hilo de sangre escapó de su boca apretada. El alguacil se adelantó sobre el estrado, extendió el pergamino y leyó la sentencia de muerte con voz alta y firme; después, regresó solemne hasta su sitio y recogió sus manos junto al pergamino. El obispo dibujó en el aire la señal de la cruz y, en su escaño, el rey asintió con un sutil gesto de su cabeza. Una ráfaga de viento agitó el ramaje sobre los hombros del condenado. La muchedumbre calló ante la inminencia de la ejecución y, sobre la tribuna, la reina se agarró al brazo de su doncella. El verdugo accionó la palanca, la cuerda se tensó en la rama y el gentío vociferó su estupefacción con alborozo. El reo gritó sobre el cadalso, pero su grito se ahogó en la sangre de su lengua amputada.